

Dominick LaCapra

HISTORIA EN TRÁNSITO

EXPERIENCIA, IDENTIDAD, TEORÍA CRÍTICA

Introducción (fragmento)

La historia siempre está en tránsito, aun cuando ciertos períodos, lugares o profesiones alcancen ocasionalmente una relativa estabilidad. Ése es justamente el sentido de la historicidad. Y las disciplinas que estudian la historia -tanto la historiografía profesional como las otras disciplinas científico-sociales humanistas o interpretativas que se ocupan de ella- también están, en grado variable, en tránsito, dado que sus autodefiniciones y fronteras jamás son fijadas ni adquieren una identidad indiscutible. Desde una perspectiva histórica, la sola idea del fin de la historia podría parecer un absurdo ahistórico. Sin embargo, también podría aludir a la esperada o temida, utópica o distópica, trascendencia de la historia en algún más allá intemporal o (post)apocalíptico, ya sea fuera del tiempo o siendo capaz de suspenderlo de algún modo si no de ponerle punto final. El tan mentado fin de la historia podría ser también un intento ideológico de permanecer fijados a una condición histórica existente determinada, como la economía de mercado y la limitada democracia política.¹ En este sentido, aunque nos habla de una estructura fantasmática de deseo y de sus posibles efectos, se convierte en un síntoma cultural que se presenta como una teoría general -síntoma que testimonia el predominio de las sensibilidades postapocalípticas- cuando pretende conceptualizar la historicidad o los procesos históricos en general.

La historia en el sentido de historiografía no puede escapar a la situación de tránsito a menos que se niegue a sí misma rechazando su propia historicidad y se identifique con la trascendencia o la fijación. Esta condición transitoria afecta el significado mismo de la comprensión histórica; exige repensar continuamente lo que cuenta como historia, en el sentido dual de proceso histórico e intento historiográfico de dar

¹ Éste es claramente el caso de *End of History and the Last Man*, de Francis Fukuyama, Londres, Macmillan, 1992 [trad. esp.: *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1992].

cuenta de éste. Las nociones de tránsito y transición no implican un escepticismo relativista ni tampoco una teleología general de la historia o la historiografía, sino más bien la voluntad de repensar objetivos y presupuestos, incluyendo el significado mismo de la temporalidad como rasgo estructural de la historicidad propiamente dicha. Cualquier “defensa” de la historia que niegue o excluya la historicidad, incluyendo la historicidad de la disciplina histórica, equivale a un intento de inmovilizar la disciplina de manera que niegue o margine las fuerzas que componen su estructura internamente disputada y sus posibilidades o metas emergentes; también desnaturaliza defensivamente los encuentros dialógicos con voces y fuerzas que desafían su conformación actual. El encuentro dialógico con un desafío no sólo puede cambiar las prácticas históricas existentes; también puede conducir a repensarlas y a legitimar aquellas que soporten el análisis crítico, en ocasiones situándolas en una concepción más amplia de la comprensión histórica. La profesionalización conlleva el intento de estabilizar la comprensión histórica mediante límites normativos y por lo tanto plantea, a su manera, el problema (ético-político) de los límites normativos y de aquello que los excede, prefigurando quizás nuevas concepciones de la comprensión histórica y hasta de la disciplina de la historia en relación con otras disciplinas y emprendimientos intelectuales, como aquellos representados por las humanidades y las ciencias sociales.

La transición y la transformación de la comprensión histórica requieren el esfuerzo continuo de pensar aquellos problemas que afectan nuestra propia concepción de la relación entre el presente y el pasado en lo atinente a posibles futuros. La forma de escritura que acaso mejor se adapta a estos encuentros cercanos, comprometidos y flexibles con una serie de problemas es el ensayo. A continuación, presentaré un conjunto interactivo de ensayos acerca de determinados problemas: notablemente, con respecto a la experiencia, la identidad, la normatividad, el acontecimiento extremo o límite y la interacción entre historia y teoría crítica -en particular el psicoanálisis, no entendido como una psicoterapia escapista o un sustituto ideológicamente saturado de la filosofía, sino como una forma de teoría crítica con dimensiones explícitamente evaluativas y sociopolíticas-.

Uno de mis objetivos es esclarecer el concepto de experiencia, sobre todo en lo que atañe a la comprensión histórica. En la década pasada, los historiadores han tomado o retomado la cuestión de la experiencia, en particular respecto de los grupos no dominantes y de problemas tales como la memoria en relación con la historia. El giro experiencial ha provocado un creciente interés en la historia oral y el rol que ésta desempeña en la recuperación de las voces y experiencias de los grupos subordinados u oprimidos, de los que quizás no ha quedado rastro suficiente en los documentos e historias oficiales. Al menos en ciertos ámbitos, la apelación a la experiencia condujo a tomar

conciencia de la importancia de la historia “traumática” y de lo que les ocurre a aquellos que han vivido los acontecimientos límite o extremos. Y ha propiciado otra forma de lectura de los archivos al interrogarse por su formación y conservación -incluso por sus silencios-, y rastrear la experiencia y la perspectiva de grupos aparentemente sin voz o no registrados, por ejemplo, estudiando los registros de inquisición con la mirada puesta en recrear las vidas y visiones del mundo de diversos grupos, desde campesinos y molineros hasta monjas y sacerdotes. De allí que se haya prestado tanta atención a la microhistoria, que se ocupa de grupos pequeños o aquellos donde todos se conocen las caras -como el aclamado *Montaillou* (1975), de Emmanuel Le Roi Ladurie, o el potentísimo y no debidamente reconocido *La Possession de Loudun* (1970), de Michel de Certeau- o incluso de la experiencia de un solo individuo -como el hoy famoso caso del otrora mudo y nada glorioso Menocchio en *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg (1976)-.² Más recientemente, el enfoque experiencial subrayó el problema del estatus y la naturaleza del testimonio, que no sólo transmite información sobre los hechos sino que es testigo de la experiencia, en particular en los difíciles casos de acontecimientos extremos y experiencias traumáticas.³

Más allá de la historia profesional, la experiencia es un tema crucial para el psicoanálisis y para los enfoques fenomenológico y existencial de la filosofía. Edmund Husserl y Martin Heidegger, más allá de sus diferencias, postularon la experiencia vivida como objeto de reflexión filosófica, idea que luego fue retomada por pensadores tan diferentes entre sí como Henri Lefebvre, Maurice Merleau-Ponty, Jean-Paul Sartre y Emmanuel Levinas. Cabe señalar que la experiencia también preocupa a otras disciplinas, como la crítica literaria y los estudios culturales, y en ocasiones propicia la orientación etnográfica de la

² Sobre el último libro, véase el capítulo 2 de mi *History and Criticism*, Ithaca, Cornell University Press, 1985. *The Possession at Loudun*, de Michel de Certeau (traducción al inglés de Michael B. Smith, Chicago, University of Chicago Press, 1996 [ed. orig.: *La Possession de Loudun*, París, Gallimard, 1970]), resulta particularmente interesante por la manera en que combina la investigación de archivo con el compromiso con el pasado que involucra las relaciones transferenciales fuertemente “catécticas” del historiador con los protagonistas y los conflictos -notablemente, la relación de Michel de Certeau con el exorcista Surin, en la que se detectan elementos de identificación proyectiva no controlada-. De Certeau lleva a cabo su acaso más apremiante intento de relacionar historia y psicoanálisis a través de un estudio micrológico y cercano del pasado.

³ Véase Saul Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution 1933-1939*, Nueva York, Harper Collins, 1997; Lawrence Langer, *Holocaust Testimonies: The Ruins of Memory*, New Haven, Yale University Press, 1991; y mi propio análisis del tema en *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*, Ithaca, Cornell University Press, 1994, cap. 6, y en *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, cap. 3 [trad. esp.: *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

investigación (un interés de larga data de importantes enfoques históricos). También es un tema crucial en diversos estudios “de minorías”, que intentan desvelar la experiencia y los posibles modos de acción de los grupos oprimidos. La experiencia es central a la cuestión de la identidad, ya se la considere unificada -o al menos poseedora de un núcleo- o radicalmente dividida, fragmentada, descentrada y dispersa. En ocasiones, la “experiencia” amenaza con convertirse en una consigna vacía, superficial, en particular cuando lo que comienza como populismo deviene en metodología indiscriminada, y afirma la necesidad de recuperar las voces perdidas del pueblo en casos que se distinguen por la falta de evidencia mínima y la tendencia a compensar esa falta mediante la especulación irrestricta, la identificación proyectiva y la ventriloquía. En cualquier caso, el concepto de “experiencia” es frecuentemente invocado pero deficientemente teorizado, tanto en la historia como en las disciplinas y los discursos relacionados con ella, y queda mucho por hacer en cuanto a su análisis, su uso crítico y su relación con los enfoques estructurales e institucionales de la sociedad, la cultura y las complejas vicisitudes del trauma. Podría decirse que estos problemas plantean interrogantes sobre el alcance y la captación de la experiencia desde “arriba” y desde “abajo”.

Sin embargo, no deberíamos aislar ni abstraer la experiencia de otras cuestiones significativas para la investigación, el análisis y la comprensión. Por cierto, el giro hacia la experiencia propone una interacción de las dimensiones experienciales y no experienciales de la historia y la vida social. ¿Qué es aquello que escapa a la experiencia y no obstante podría tener efectos experienciales? ¿Cómo interactúa la experiencia con el lenguaje y con las prácticas significantes en general? ¿Los conceptos siempre dejan intacto un residuo de restos experienciales, y estos restos son quizás particularmente insistentes y desconcertantes en el caso de experiencias excesivas, traumáticas, límite? ¿Cómo se relacionan la memoria traumática o el síntoma postraumático con la memoria en tanto recuerdo críticamente controlado? ¿Y es la memoria, en cualquiera de estos dos sentidos, una guía confiable para representar los acontecimientos? ¿Qué clases de experiencias ayudan a soportar el trauma o a superar sus consecuencias? ¿Es la emoción un aspecto crucial de la experiencia y está relacionada con una comprensión histórica que no es simplemente objetivista? ¿Cómo puede la emoción, sin límites normativos, -sobre todo en casos de repetición compulsiva-, desorientar o reorientar la experiencia y la vida social? ¿Cómo se modela y se regula la experiencia -incluyendo la afectividad- a través de estrategias normativas como el ritual? ¿Cómo se relaciona con las posiciones y la identidad del sujeto? ¿Los distintos grupos -entre ellos, los académicos y otros grupos ocupacionales de las disciplinas o las subdisciplinas- tienen diferentes experiencias normativas y formadoras de identidad,

experiencias que es necesario tener para ser reconocido y aceptado como miembro del grupo? ¿La experiencia es apenas un elemento más de una política o una ética del reconocimiento? ¿El pronunciado interés por la experiencia y la identidad es hasta cierto punto sintomático de la sensación de que la experiencia moderna o “modernizada” ha sido drenada o convertida en bien de cambio, y de que la identidad, incluida su articulación normativa viable, se ha vuelto crecientemente evasiva o abierta a los cuestionamientos?